

Cacho Narzole

Nada a cambio

Una historia militante





COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA
Dirigida por Alejandro Falco

Cacho Narzole

Nada a cambio. 1a ed. Buenos Aires. Imago Mundi, 2009.

208 p. 23x15 cm.

ISBN 978-950-793-082-9

1. Historia Política Argentina. I. Título

CDD 320.982

Fecha de catalogación: 09/12/2008

©2008, Cacho Narzole

©2009, Servicios Esenciales S. A.

©Diseño de tapa: Alejandra Spinelli

©Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con \LaTeX

Juan Carlos Gómez 145, PB of. 3 (1282ABC) Cdad. de Bs. As.

email: info@imagomundi.com.ar

website: www.imagomundi.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2009 en los talleres gráficos CARYDE-EDITARE, Udaondo 2646, Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

A Ana y Amanda, porque merecen conocer esta parte de su prehistoria.

.....

Índice general

Prefacio	1
A modo de prólogo	3
La búsqueda	
Propaganda	13
El enganche	21
Cuidando la legalidad	39
Sorteando pinzas y controles	61
Monte Chingolo y después	73
La clandestinidad	
Clandestinos	79
La tía Marga	95
El pozo	111
Nacimiento rebelde	135
El final	
Las caídas	147
Resistiendo	163
La salida	181
Epílogo	193

.....

Prefacio

No tienes nada. Si no tienes las historias. El mal de ellos es muy poderoso pero no puede vencer a nuestras historias. Así que ellos tratan de destruir las historias, que se confundan o se olviden. Les encantaría eso. Serían felices porque nosotros estaríamos indefensos sin ellas.

Leslie Marmon Silko, *Ceremony*

Los motivos que impulsaron a miles de argentinos – mujeres y hombres – a integrar las organizaciones de la izquierda revolucionaria de los años setenta – sea en sus vertientes marxistas o nacional populares, hayan sido partidarias de la violencia insurreccional, o de la guerra popular prolongada – han sido, son y serán, objeto de arduo debate en la política, la cultura y las ciencias sociales argentinas; y no podría ser de otro modo: de alguna forma, el país de nuestro presente – en sus clivajes más profundos – tiene origen en cómo se resolvieron los conflictos sociales, económicos y políticos planteados en ese pasado reciente.

La producción editorial ha dado cuenta de este debate, siendo quizá nuestra casa – junto a otras afines –, una de las que mayor énfasis ha puesto (y pone) en llevar a consideración del público libros, investigaciones y ensayos de jóvenes historiadores y cientistas sociales de las universidades públicas, que versan sobre estos temas, con la firme convicción de que no hay modo alguno de recuperar una *praxis emancipatoria*, sin recuperar en forma crítica, el legado y la rica tradición de la izquierda revolucionaria de los años sesenta y setenta.

A esta convicción casi axiomática – en tanto nos gusta reconocernos en la actividad académica, a pesar de todas sus limitaciones – le hemos sumado la no menos importante decisión de dar a conocer también la voz de los protagonistas, por el sencillo motivo de que su pulso, su ritmo, su respiración, tienen una posibilidad de transmisión, que trabajo académico alguno quizá tenga.

Desde aquí, es que pensamos que *Nada a cambio*, como antes *Tributo a Naviente*, de Cacho Narzole (Jorge Alma), es importante. No para que estemos absolutamente de acuerdo con lo que su autor plantea – algo que

por otro lado, él no nos solicita – sino para reconocer en su derrotero, que *éso*s, *fui*mos nosotros. Que Ojito, Cabezón, Ramón, María, y hasta el mismo Santucho, son también en realidad, nuestros vecinos, con sus virtudes y defectos, parte de la sociedad y el tiempo que les tocó vivir, que un día decidieron tomar la historia en sus manos. Quienes a esto de conocer el pasado para comprender el presente (y así tener alguna chance de cambiarlo) nos dedicamos, con mayor o menor talento y erudición, tenemos muestras de sobra en donde nuestros iguales han sido canallas, traidores y genuflexos con el poder de turno, pero también muchísimas otras en donde han sido solidarios, consecuentes y resistentes, aún a costa de sus propias vidas. Sin obviar a los primeros, elegimos contar la vida de los segundos. ¿Por qué? Porque son *los nuestros*, y la proa que marcaron hace casi cuatro décadas, es *nuestra proa*.

Una sola advertencia: el título llama a engaño. Si se interpreta que el *Nada a cambio*, remite a la esfera de lo personal, – dinero, posición, bienes, etc. – estamos con él de acuerdo. Pero en otro sentido, los militantes setentistas – incluidos los del PRT-ERP – fueron *a por todo*; y allí radique quizá, el tamaño de su desafío, y el terror que aún concita en las clases dominantes, la restitución y reinstalación – ni ingenuizada, ni romantizada, no neutralizada – en nuestra sociedad civil, de su praxis y su memoria.

Alejandro Falco

.....

A modo de prólogo

El 8 de noviembre de 1943, cuando nació, ya se vislumbraba con claridad, que la segunda guerra mundial terminaría con la derrota de Alemania. También era evidente que el enfrentamiento por la hegemonía, dejaría a los países europeos exhaustos y semidestruidos, con su capacidad debilitada para asumir el liderazgo mundial por el que estaban luchando.

Nueve meses antes, con el triunfo en la batalla de Stalingrado, la URSS había puesto una bisagra en la guerra y comenzaba su imparable avance sobre la mitad de Europa. Avance que sólo se detendría luego de colocar la bandera roja con la hoz y el martillo en lo más alto del Reichstag, como símbolo indiscutido de su triunfo sobre el fascismo.

Por su parte, Estados Unidos ingresaba al conflicto dos años antes con la certeza del triunfo. En 1945, con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki (para poner un brutal punto final al conflicto), se lanzaba a la conquista del primer plano mundial. Siendo ya una potencia emergente y agresiva con la decisión de asumirse como adalid de los nuevos tiempos, toma por asalto el vértice del poder, para hacer realidad su *destino manifiesto*. Esta decisión, definió la estrategia estadounidense para el resto del siglo XX, y fue asumida invariablemente por las administraciones que se sucedieron, sin importar el color político de quien la ejerciera.

El avance de posguerra sobre los países de Europa, lo realizó a través de la extorsión directa, expuesta detrás del Plan Marshal de ayuda económica para la reconstrucción. Este plan, que significó la transfusión hacia aquellos países de centenares de millones de dólares succionados de las naciones sojuzgadas por su prepotencia, imponiendo condiciones de subordinación y sometimiento a un liderazgo que no admitía compañías. A su vez, condenaba al pago de importantes indemnizaciones a los derrotados, e imponía limitaciones y controles en sus decisiones, para garantizar su apoyo en el desarrollo de los ambiciosos planes de hegemonización.

Pero había surgido la URSS como un polo de poder independiente y poderoso, a partir de su colosal victoria sobre el fascismo. Con su arrollador avance militar sobre Europa oriental y su virtual ocupación, resistía la estrategia estadounidense de expansión mundial, transformándose en un obstáculo impensado, que además de no aceptar su predominio, se presentaba como alternativa para discutir su supremacía. Nacía así un mundo bipolar con intereses contrapuestos, que entrarían en pugna aun antes de la finali-

zación de la guerra, expresándose en forma de bloques para enfrentarse en la disputa por el liderazgo mundial.

A su vez, el fin de la guerra y el cambio de conducción en el grupo de países capitalistas más ricos, provocaba una modificación en las estrategias de dominación, imponiendo estilos nuevos y definiendo al sistema democrático representativo, como el emblema que habrá de enarbolarse para dar la batalla ideológica en ciernes. Este cambio de conducción, ahora en manos estadounidenses, ponía fin a la dominación europea en América latina, Asia, África y Medio Oriente, que bajo la forma de colonialismo, se extendió desde el año 1500 hasta la primera mitad del siglo XX.

.....

La dominación europea sobre el mundo, había comenzado en 1571 con el triunfo en la batalla de Lepanto, sobre el imperio otomano. La liga europea, encabezada por el Papado, Venecia y España, se consolidó como potencia dominante sobre todo el mundo, y completaba su predominio insinuado pocos años antes, con la conquista de América. Durante cuatro siglos (en los que se sucedieron hechos trascendentales para la humanidad como el auge de las ciudades, el desarrollo de las ciencias, el avance de las comunicaciones, el advenimiento del capitalismo, la conformación de la clase obrera, las formas republicanas de gobierno, y la pérdida de poder de la religión), los países europeos succionaron sin pausa las riquezas de sus colonias y las trasladaron a sus sedes metropolitanas.

En un saqueo inmenso, provocaron el brutal empobrecimiento del resto del mundo en beneficio exclusivo de Europa, a la vez que imponían a sangre y fuego sus creencias, mitos y religiones, derrumbando con su prepotencia de amos y señores, siglos de cultura, arte, ciencia y conocimientos. Los privilegios aberrantes, que legalizaban la superioridad de los europeos frente a los colonizados nativos, determinaron diferencias sociales inaceptables, legitimando las maneras más atroces de represión, mientras se le daba soporte institucional al saqueo de las riquezas.

El debilitamiento que las dos grandes guerras de la primera mitad del siglo XX provocó en las potencias europeas, abrió un espacio que fue aprovechado por las colonias, dando comienzo a un período de luchas por la independencia, con el surgimiento de movimientos populares antiimperialistas. Particularmente en África y Asia se llevaron a cabo verdaderas guerras de liberación nacional, las que fueron observadas y en algunos casos incentivadas por Estados Unidos, como una forma de continuar debilitando la fuerza de sus nuevos socios europeos, a la vez que fortalecía su presencia dentro de la coalición de los poderosos. Tras el fin de la guerra, todo el mundo colonial se lanzó a la lucha por su independencia, en un movimiento de rebeldía que se contagiaba de un país a otro, de un continente a otro, desarrollando métodos de acción y organización que se superaban mutuamente, a medida que crecía la resistencia a los viejos regímenes de opresión.

Al calor de las reivindicaciones de los pueblos sometidos, que entendieron que estaban dadas las condiciones históricas para terminar con siglos de sojuzgamiento y explotación, crecieron nuevos movimientos políticos que asumían la lucha armada como instrumento válido para acompañar las luchas populares y enfrentar al enemigo en todos los terrenos. Estos movimientos populares, que comenzaron siendo pequeños grupos de vanguardias, desarrollaron luchas decididas contra la ocupación colonial, hasta transformarse en verdaderos ejércitos revolucionarios, para llevar a cabo sus combates en forma de guerras de liberación que resultaron ser muy sangrientas, porque las metrópolis, lejos de aceptar los cambios que imponían el avance de la historia y la civilización de la que se proclamaban defensoras y promotoras, no se resignaban a perder sus colonias, proveedoras desde hacía décadas y hasta siglos, de los recursos sobre los que construyeron su propia riqueza y poder.

Con nuevas estrategias de represión y métodos de combate, enviaron ejércitos de ocupación, introduciendo el uso de la tortura, el interrogatorio y la infiltración como armas fundamentales, para transformar el enfrentamiento bélico en horrendas cacerías de hombres, empleando los sistemas más aberrantes, en pos de quebrar el espíritu de rebeldía que impulsaba a los combatientes de la libertad. Sin ser nueva esta metodología, (que se remonta a los albores de la civilización y cuyo uso se renueva cada vez que resulta necesario, contradiciendo aquello que la inteligencia y el saber imponen como respeto por la dignidad humana), su aplicación en la segunda mitad del siglo XX tomó dimensiones escalofriantes. Impensadas, sobre todo después que la humanidad perdiera más de 50 millones de personas, en la guerra mundial recién finalizada.

La agudización de los enfrentamientos y su alcance universal, provocó también el debate ideológico dentro de los sectores más avanzados de las vanguardias populares. Se definieron estrategias comunes, que se extendieron a todos los conflictos en curso, para darle sentido unificador a la batalla universal por la liberación de los oprimidos.

La experiencia vietnamita liderada por Ho Chi Min, se mostró triunfante sobre la ocupación japonesa, su sucesora francesa y sobre la inhumana invasión estadounidense, con más de un millón y medio de soldados, apoyados por la maquinaria bélica más sofisticada y poderosa conocida hasta entonces. Su planteo acerca de las formas de organización y lucha basadas en una vanguardia política e ideológicamente firme, un ejército popular valeroso y bien armado, y el desarrollo de un amplio frente que uniera todas las fuerzas del pueblo, fue tomado como modelo. Ello, unido a la acción política en busca del apoyo solidario de todos los pueblos del mundo, a favor de la lucha por la defensa de sus legítimos derechos, abrió un camino claro y marcó una estrategia posible.

A partir de las movilizaciones populares en apoyo al pueblo vietnamita, comenzaron a construirse muchos movimientos de liberación nacional, que sobre este exitoso modelo de tres pilares, fue extendiéndose a los paí-

ses dominados, para dinamizar de manera extraordinaria el accionar de los pueblos en busca de su libertad. El mundo asistió a una etapa de generalización de las luchas, que fueron definiendo los campos enfrentados. Se ingresaba en un escenario de acciones directas, que reducían los espacios y los tiempos, provocando una vorágine de actividad política y militar que parecía no tener respiro, transformando todo en urgente y posible. La agudización de las luchas y la elevación de los conflictos, asumieron dimensiones universales, obligando a tomar posiciones. Era prácticamente imposible mantenerse al margen de los acontecimientos en curso, que marcaban un momento histórico para la humanidad. Aparecía en el horizonte, una alternativa real para modificar drásticamente la estructura de las relaciones sociales del mundo. Cuando los estadounidenses relevaron a los franceses derrotados, en Vietnam la resistencia creció, extendiendo el conflicto a toda la región, incluyendo Camboya y Laos. En el Congo, la brutalidad de los paracaidistas belgas, no podía contra la decisión del pueblo conducido por Patrice Lumumba. En el Sahara occidental, colonia de España, se desarrollaba una batalla conducida por el Frente Polisario. Después de la caída de Mussolini y una breve ocupación inglesa, se produjo en Eritrea, ocupada por Italia desde mediados del siglo XIX, un levantamiento popular encabezado por el Frente Eritreo de Liberación Nacional, que llevó a cabo exitosamente una guerra por la independencia. Francia perdía sus colonias en el mundo árabe, y se desarrollaba el Movimiento de Países No Alineados. Se presentaban en el escenario mundial las guerras de liberación de Argelia y de Angola.

Por la misma época, en América latina el triunfo de la Revolución Cubana volvía a legitimar y motorizar las luchas de los pueblos, que desde los albores de la independencia y con grandes esfuerzos, trataban de construir una sociedad igualitaria. Se enfrentaban a sistemas oligárquicos, que a pesar de no tener las características de los países colonizados, guardaban con ellos similitudes a partir de los intolerables métodos de explotación y concentración de las riquezas.

En la *Segunda Declaración de La Habana* Fidel Castro proclamaba:

«Porque esta gran humanidad ha dicho: “¡Basta!” y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente».

Su influencia en Argentina tomó características enormes, haciendo que verdaderas legiones de jóvenes se incorporaran con entusiasmo y fervor a la militancia en las más diversas organizaciones políticas. Trataban de determinar cuáles eran las herramientas que debían utilizarse, para remover las trabas hacia la libertad y el progreso de la sociedad. En un país movilizado, los sectores más avanzados del pueblo, buscaban los sistemas organizativos que les permitieran fortalecerse en medio de un sentimiento generalizado, que no dejaba lugar a dudas acerca de que era el momento adecuado para

lanzarse a la conquista del mundo soñado. La vertiginosidad que tomaron los acontecimientos en el mundo, en los años que van desde 1960 hasta 1975, provocó en los jóvenes un entusiasmo y un deseo de participación, en lo que se presentaba como la oportunidad histórica de ser parte del cambio revolucionario de la humanidad.

.....

En Argentina se estaban desarrollando sucesos verdaderamente conmocionantes, donde el protagonista indiscutido era el pueblo movilizado. Ya no se trataba de un momento donde habían coincidido algunos elementos que provocaban la protesta de los afectados por medidas de gobierno. Sino que se abría una etapa histórica, donde los sectores más lúcidos de la clase obrera, los intelectuales y el pueblo, tomaban decididamente la ofensiva contra el sistema social, político y económico vigente. En ese momento, se planteaba la posibilidad concreta de avanzar sobre las estructuras de dominación, iniciando una batalla trascendente en la lucha de clases.

En las condiciones de Argentina de los años setenta, el conflicto social se presentaba como un enfrentamiento entre un sistema de dominación, con epicentro indiscutido en Estados Unidos, y la alternativa de avanzar en un proceso de liberación nacional que abriera las puertas a la independencia. Esas condiciones, que se repetían en casi todos los países de América latina, alineaban a las fuerzas políticas detrás de cada uno de estos proyectos antitéticos. No habían sido muchas las ocasiones en que la división de la sociedad se mostrara con tanta claridad. Los espacios intermedios tendían a desaparecer, y la actividad política no dejaba espacio sin alcanzar. Los sectores dominantes, en todas sus variantes, se habían encolumnado firmemente, dejando de lado sus intereses sectoriales, y buscaban en las fuerzas armadas un liderazgo y una conducción. Desde la CIA y el Departamento de Estado, se diseñaban las políticas de contrainsurgencia y se definía a los militares como sus representantes y ejecutores directos. El conflicto pasaba de ser un enfrentamiento por reivindicación de derechos, a transformarse en una disputa ideológica, donde se ponía en juego el destino, no sólo del sistema social y político del país, sino de la humanidad toda. Se percibía que el enfrentamiento en cada país, era una batalla de la lucha mundial por modificar las condiciones de relacionamiento entre las personas y por la construcción de un mundo nuevo. Esa posibilidad, que se mostraba con una vitalidad inédita, alertó a los sectores conservadores que sentían acercarse el peligro concreto de perder sus privilegios. Veían como la clase obrera se ubicaba en el centro del conflicto social, liderándolo con lucidez y decisión.

El Cordobazo había marcado un altísimo punto de inflexión, y mostraba no sólo la determinación del pueblo cordobés, sino que dejaba asomar el surgimiento de dirigentes obreros que asumían una envergadura desconocida hasta entonces. Verdaderos representantes de sus compañeros de trabajo y de lucha, comenzaban a tomar una dimensión trascendente, presentándose como referentes indiscutidos a la hora de las decisiones. La aparición de

estos dirigentes, asombraba no sólo por la claridad de sus concepciones y la firmeza de sus opiniones, sino por la cantidad en que se mostraban. En cada fábrica, cada centro de trabajo, cada sindicato, eran muchos los que se destacaban por su espíritu de lucha y por el impulso a la defensa de los derechos de los trabajadores.

Poco a poco iban asumiendo su rol de vanguardia de todo el pueblo, incorporando a sus reivindicaciones sectoriales, propuestas con mayor contenido político. La multiplicación de las manifestaciones populares se extendía a todo el territorio nacional, alcanzando la dimensión de verdaderas batallas. El proceso de unificación de las luchas avanzaba por la propia dinámica de los acontecimientos, mostrando que en cualquier punto del país, las luchas planteaban coincidencias que aunaban las motivaciones y los objetivos. La insuficiencia de los métodos de represión tradicionales, se ponía en evidencia en cada movilización, donde el pueblo hacía fracasar sus estrategias, hasta el punto de hacerse cargo de las ciudades donde se llevaban a cabo. Las marchas y los reclamos se transformaban en insurgencia y desobediencia, poniendo en evidencia las ansias de cambio. Cada manifestación popular era un paso adelante en el nivel del enfrentamiento, y exigía adecuar los métodos de lucha a los planteos y reivindicaciones.

Las organizaciones revolucionarias, que ya eran una realidad muy fuerte en ese escenario, comenzaban a cumplir un papel fundamental como protagonistas avanzadas del enfrentamiento ideológico. Cada vez era mayor su participación activa en las luchas populares, y se veían sus banderas en las marchas y en los actos políticos, mezcladas con las de los organismos sociales, barriales y sindicales. A su vez, trataban de dar respuesta a las necesidades de las luchas, sobre todo en aquello que condujera a la consolidación de una vanguardia, que asumiera el rol que el pueblo movilizado no estaba en condiciones de tomar de manera directa. De a poco, se fueron acercando las necesidades de la clase obrera y el pueblo en lucha, con las propuestas políticas de estas organizaciones, a punto tal que muchos de esos dirigentes surgidos de las grandes concentraciones obreras, se incorporaron a las estructuras revolucionarias.

El PRT-ERP, crecía tanto en fuerza y capacidad operativa, como en la incorporación a su seno de representantes de la parte más lúcida de la dirigencia obrera. No fueron pocos los que se integraron a sus organismos de dirección, dotándolos de gran lucidez y vitalidad.

.....

Con esta concepción de la historia, y convencido que la humanidad evolucionaba hacia nuevas y mejores formas de vida, no tenía dudas del camino que debía tomar. Mi convencimiento no admitía vacilaciones, había que ayudar a parir una nueva sociedad. Estremecido por las convulsiones que agitaban a los pueblos de todo el mundo, sentí que el impulso de intervenir se hacía cada día más irrefrenable.

Así fue que resolví poner en la mochila toda mi decisión de participar, mis sueños de protagonismo, mis impulsos por construir una sociedad más justa y más solidaria, mi rebelión contra las injusticias, mis ilusiones de ser un *hombre nuevo*, mi voluntad de luchar, mis deseos de trascendencia, mis ganas de cambiar el mundo. Me di cuenta que no era tan difícil dejar afuera la contemplación pasiva de los acontecimientos, las obligaciones burocráticas, el cumplimiento de los compromisos formales, las relaciones personales afectivas pero vacías de coincidencias. Con entusiasmo desbordante, me puse en marcha hacia un objetivo claro que crecía con fuerza dentro de mí. Participar con todas mis fuerzas en la construcción de un mundo nuevo.